

EL CONTEMPORANEO.



Edición de Provincias.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entre el número 11 y 12. También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 41; Cuesta calle de Carretas, número 9; López, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Domingo 3 de Agosto de 1862.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, o enviándolo directamente en letra, libranza o sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, á girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 20 rs. al mes.

Año III.—Núm. 487.

ADVERTENCIA.

Hoy empezamos la distribución del tomo VII de LOS DRAMAS DE PARÍS. El VIII y último se repartirá próximamente á los suscritores, cuya paciencia debe de estar agotada. Pero no es nuestra culpa de que la publicación de dicha obra se haya hecho tan despacio; la culpa es toda del impresor, que, según hemos sabido, aunque tarde para poner remedio, pertenece en cuerpo y alma á la union liberal, y como buen unionista, no cumple jamás una promesa.

MADRID.
2 DE AGOSTO.

Libres ya el ministro de Estado y el conde-duque del asunto que más les embargaba, que era la combinación que publicó ayer la Gaceta, podrán dedicarse á desarrollar sus pensamientos políticos, y sobre todo á emprender sus viajes de verano.

El uno se marcha á tomar el fresco á la Granja, y el otro no sabemos dónde; pero de seguro los dos irán satisfechos de sus trabajos, y de la situación en que se encuentran los negocios públicos.

Cualquiera que observase el estado de la política española y la conducta de los ministros, que así se van y se vienen como si tal cosa, sin ocuparse de nada, creería que todo estaba resuelto, y que no había ningún asunto grave que mereciese llamar la atención del gobierno.

Por desgracia sucede lo contrario, y aunque el vicalvarismo afecta la mayor indiferencia, lo cierto es que nunca hubo más cuestiones pendientes, ni necesidad más perentoria de resolverlas.

Pero también es cierto que si á todas se da el giro que á la cuestión mejicana, ellas se resolverán por sí solas, sin que el gabinete tenga que molestarse en lo más mínimo, ni que poner en prensa su entendimiento para procurar soluciones oportunas.

Cuando se ha hecho el ánimo de tomar las cosas conforme vienen, nada hay más fácil que dirigir los negocios públicos, porque en poniendo el caso bueno á lo que ocurre, sea lo que quiera, es asunto concluido.

No ocho años, sino ochenta, puede ser ministro el conde-duque con sus buenas mañas y sus buenos servidores.

Luego sentirá el país las consecuencias, mucho más de lo que ya las está sintiendo; pero para el vicalvarismo el país es el último mono, y nada importa que se ahogue.

Pasaremos el verano entre idas y venidas, oyendo á los ministeriales que se disfruta de una felicidad inmensa, y viendo á los ministros que no hacen el menor caso de los asuntos pendientes, y después vendrá el otoño, y con él las sesiones del Parlamento vicalvarista, y el apoyo de

los funcionarios públicos, y los votos de confianza á una situación de quien todos desconfían.

Esto, contando con la voluntad de Dios, y con que antes no se arme alguna marimorena ministerial y eche al vicalvarismo los trastos por la ventana; que todo puede aguardarse de la buena armonía que reina entre los jefes del actual orden de cosas.

Claro está, pues, que la cuestión italiana quedará por ahora en el aire, y la de Cochinchina al arbitrio del emperador de los franceses, para que este haga de su capa un sayo y disponga lo que le acomode, á lo cual accederemos contentos y gustosos.

Entre tanto, *La Epoca*, al hablar del reconocimiento del reino de Italia, dice que el gabinete de Turin y el Madrid se sienten con las mejores disposiciones para una digna reconciliación; pero en ese caso lo que nos choca es que la reconciliación no se verifique, porque parece que hay algún duende misterioso que lo está impidiendo.

Algunos decían que el nuevo embajador en la corte de Francia era gran partidario del reconocimiento de la unidad de Italia; pero nosotros, tratándose de un personaje vicalvarista, ya no nos atrevemos á creer cuáles son sus opiniones, pues también decían que el general Concha era contrario á la política del conde de Reus en la cuestión mejicana, y esta noche asegura *La Correspondencia* que estaba completamente de acuerdo con el gobierno.

Los vicalvaristas no son partidarios más que de las circunstancias.

Si llega un día en que las circunstancias les obliguen á reconocer el reino italiano, lo harán con la mayor fé del mundo, y reconocerán hasta al mismo Mazzini, si les tuviera cuenta para sus intereses personales.

Pero entre tanto, se encogen de hombros y se quedan á la capa, como quien dice: «¿Qué nos importa á nosotros lo que sucede en Italia, si casi de lo que ocurre en España no nos ocupamos?»

La política del gobierno consiste en dar colores de constitucionalismo á la situación, para que el país la juzgue liberal; pero á eso podríamos decirle lo que aquel confesor á una dama que se acusó de pintarse el rostro con el objeto de parecer hermosa:—«Vaya V., señora, y póngase más colorete, porq' le aun está muy fea.»

Recorran nuestros lectores el artículo que publicamos el jueves, á propósito de lo que ya todo el mundo conoce bajo la denominación de *militarismo*. Siguiendo en este, como en todos los asuntos que surgen en la vida política de nuestra patria, el sistema que nos hemos propuesto, y que es, en nuestro entender, el único que puede conducir las polémicas á resultados fecundos, examinamos la cuestión en el terreno de los principios, y sin contemplación de lo que ha pasado en otras épocas ni de lo que sucede en la presente, dijimos los que nos pareció justo. Pues bien; los periódicos ministeriales se han apoderado de nuestra pobre orrilla, y cada cual la juzga á su manera, aunque todos convienen en que al escribirla hemos tratado de dirigir insinuaciones y cargos embosados á la situación dominante.

Si se desprenden ó no del análisis que hicimos del ejército y de sus funciones inculpaciones contra los que han usado de esta institución, empleándola para fines que no son los suyos, es cosa que no debemos negar; pero de este resultado, que es independiente de nuestra voluntad,

á suponer, como lo hace *El Diario Español*, que hemos dicho que la situación presente es una oligarquía militar: en la que los jefes del ejército monopolizan la dirección de los negocios públicos, hay la distancia que media entre el ser y la nada. Si hubiéramos querido, en uso de nuestro derecho, analizar la índole del actual orden de cosas, y si la libertad del escritor estuviese garantida y respetada, hubiéramos procedido de otra manera: v. gr., hubiéramos dicho quiénes son los que mayor influencia ejercen en el gobierno, y en virtud de qué causas; hubiéramos hecho notar el diferente proceder que se sigue en determinados casos con los funcionarios de mas alta gerarquía, según que procedan de la carrera militar ó de la civil, aunque los cargos que desempeñen sean de la misma índole; en una palabra, hubiéramos resumido lo que todos han visto y están viendo, para sacar de este análisis las consecuencias debidas.

El Diario Español sabe que no hemos procedido así, y al ver el calor con que nos atribuye intenciones que no le es dado conocer, corre el peligro de que le apliquen los conocidos versos de Iriarte que empezaban así:

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan.

Sin decir más sobre esta parte del artículo de *El Diario*, porque la situación de la prensa no nos permite mayores explicaciones, vamos á ocuparnos brevemente de sus principales ideas, no sin manifestar antes la sorpresa, mejor dicho, la tristísima impresión que nos han producido.

Prescindiendo de los errores de hecho, y de la confusión de ideas en que se funda su tesis, de lo cual hablaremos luego, no hemos podido ver sin temor para el porvenir, que el periódico ministerial defiende el *militarismo*, esto es, la preponderancia política del ejército, fundándose en que la *democracia* solo se puede combatir con la fuerza. Esta opinión, no solo es absurda, sino funestísima; absurda, porque la democracia es una doctrina política, es un conjunto de ideas, y las doctrinas se combaten con doctrinas, las ideas con ideas, y el error con la verdad. Cumpliendo con su misión, el ejército combatirá á la democracia, si abandonando el terreno de la discusión se lanza á la plaza pública; pero no por ser la democracia, sino por servir de pretexto para turbar el orden; así es que obraría lo mismo, es decir, reprimiría cualquier perturbación, aunque se produjera para hacer triunfar el absolutismo. En una palabra, la fuerza pública cumpliendo con su misión de conservadora de la paz, seopondrá al que con cualquier pretexto trate de turbarla.

Si por revolución se entienden los trastornos materiales, entonces es evidente que el ejército es uno de los medios de evitarla, aunque el más doloroso y no siempre eficaz; el respeto á la ley y la armonía de esta con las necesidades públicas, previene y evita el uso de la fuerza, y es una garantía de orden mucho más sólida y duradera: si por revolución se quiere dar á entender el progreso constante de las ideas y las reformas políticas y sociales que de él se deducen, debe advertirse que los ejércitos son impotentes para estos resultados, que provienen de una ley que rige á la humanidad; es mas, como el ejército no se puede sustraer á ella, acontece siempre que es el que las reformas y las realiza.

Muñoz volvió de su destierro de Valencey el monarca legítimo, creyó que apoyándose en el ejército, le sería fácil deshacer para siempre la obra de los legisladores de Cádiz; en efecto, la

Constitución de 1812 y sus resultados desaparecieron ante la presión de la fuerza. Para asegurar el triunfo del absolutismo, se trató de dar mayor cohesión al ejército, se creó la guardia real, buscando para mandarla á los que se tenían por mas enemigos de las ideas modernas, y con esto se creyó que se había clavado la rueda de la fortuna. El monarca y los seiles del absolutismo, imaginaron que no era posible quebrantar su enorme poder, y se entregaron al sueño. Apenas habían pasado seis años, cuando vino á despertarles con asombro la voz atronadora de los insurrectos de las Cabezas de San Juan, es decir, que aquellos en que mas confiaban fueron la causa de su perdición.

Tengan muy presente esta lección los que libran su seguridad en la fuerza: no la olviden los que creen que las ideas democráticas se combaten con los ejércitos. No hay mas que un medio de evitar la propagación de lo que hay en ellas de erróneo y de irrealizable, que consiste en la discusión. Nosotros no somos demócratas, porque creemos firmemente que la misión del partido político que así se denomina no es la de gobernar, y consiste solo, como lo ha dicho el jefe mas autorizado, en preparar las reformas políticas que realizan luego los partidos conservadores. Por eso, si se hace á sus doctrinas una guerra de terminio, si se emplea contra sus hombres el arma de la proscripción, si se los convierte en mártires de sus opiniones, lejos de asegurar el orden ensanchando las vías pacíficas del progreso, sembraremos de escollos el camino de la sociedad, y haremos que marche de una en otra perturbación.

Por mas que se escandalicen los ministeriales, procediendo de ese modo absurdo, dan á entender que las instituciones vigentes no tienen mas garantía que la fuerza; porque saldrían derrotadas en la discusión, procuran y aceleran el triunfo prematuro, violento y pernicioso de la democracia, que santifican con su persecución, y ante la cual se confiesan débiles y derrotados. Esta convicción se estenderá rápidamente, y no se podrá librar del fuero contagio al ejército, que acabaría por ser demócrata, como acabó por ser liberal, á pesar de destinarse á combatir al liberalismo.

No nos queda tiempo ni espacio para analizar si la influencia política del ejército es en España mayor ó menor que en las demás naciones de Europa; nos sería muy fácil demostrar que *El Diario Español* se ha equivocado en sus apreciaciones analizando la organización de cada pueblo, sin exceptuar aquellos que, como Italia, acaban de salir de una guerra y ya vez se preparan para otra, ó como la Rusia, que estiene por medio de la conquista los gérmenes de la civilización moderna en el Asia. Esto nos llevaría muy lejos y bastará por ahora que digamos que entre todos los gabinetes de Europa, el único presidido por un militar es el español. La prueba no es concluyente, lo conocemos; porque un general tiene el mismo derecho, en su calidad de hombre público, que otro cualquiera para dirigir los negocios de una nación, pero el hecho es significativo como señal; y cuenta con que nosotros no creemos que los soldados no deben carecer de derechos políticos: los tienen y los deben usar como todos los ciudadanos; pero á título de tales, y no por ser los representantes de la fuerza. Quédesse para los tiempos bárbaros y para las épocas de decadencia eso de convertir al guerrero en único legislador, en darle el monopolio de la política: cuando la cultura reina y cuando el orden existe, es

preciso que las cosas cambien de aspecto, no olvidando el antiguo apotegma:

Cedant armae togae.

La union liberal es realmente encantadora, por cualquier lado que se la vea; pero por donde arrebata mas sin duda, es por el lado de las personas: nada hay realmente mas contrario á nuestra índole, que ocuparnos uno y otro día de la actitud de los individuos mas importantes que sostienen al ministerio; pero, ¿cómo hacer otra cosa, cuando en los tiempos que corremos nunca puede adivinarse lo que quiere el gabinete, á dónde va, ni cuál es, en una palabra, su política? La corriente de los acontecimientos públicos es una especie de problema, cuyos datos son las personas que están en el favor, y la incógnita lo que va á hacer el gobierno, sin que haya mas norte ni guía que los antecedentes que aquellas personas tengan, ó las opiniones que hayan manifestado antes: verdad es que esto tampoco es regla segura, porque ahora mas que nunca ha venido á declararse como axioma del refran vulgar, que dice: «Del dicho al hecho, va gran trecho.»

Y sino, ¿qué ha de explicarse que cuando triunfa en las regiones del poder la política del general Prim en América se concedan los puestos mas importantes á los generales y á los hombres políticos, como el Sr. Coello por ejemplo, que mas se han distinguido por sus ataques á la conducta del general Prim?

El sistema dominante es en verdad el mas á propósito para moralizar un pueblo; á ti te doy la razón y á ti el destino, y no hay motivo para queja.

El general Prim triunfa: pero el general Dulce va á la Habana, y el general Concha á Paris, y se va lo uno por lo otro.

La union liberal ha de dar al fin y al cabo sabroso fruto.

Anoche se decía que el Sr. Coello se iba á Bruselas, porque si se quedaba en Madrid rompería con el gobierno.

La razón es vicalvarista á prueba de bomba. Pues si á cada ministerial se le ocurre otro tanto, habrá embajadores hasta para la república de Andorra.

¡Pobre D. Saturnino! Yate convencerás de que tus meje-ros amigos son los bobines de El Contemporáneo.

Con sorpresa y dolor hemos leído en *La Epoca* unas líneas que no tienen explicación en nuestro concepto, y mucho menos en un periódico que ha lamentado los esfuerzos de otros diarios por aislarnos en un extremo de Europa.

Muestra *La Epoca* la seguridad de que la dinastía portuguesa no desea otra cosa que mantener las buenas relaciones con España, y añade:

«Pero fuera de la acción de los gobiernos, y en frente de esos gobiernos mismos, pueden agitarse, especialmente en Italia, pasiones y elementos revolucionarios que se den la mano con otros elementos de igual índole en nuestro suelo; y aunque no creamos que haya pasado jamás por las mentes de Garibaldi el venir como se ha supuesto á establecer el tiro nacional en Portugal, toda vez que tiene bastante que hacer en Italia, es lo cierto que, rebajando el nombre español á los ojos de la Europa, ha habido entre nosotros ciertas gentes que, ó se han preocupado de semejante eventualidad, ó la han mirado con júbilo como una esperanza de triunfo para la revolución en nuestra patria.»

Nos avergonzaríamos de discutir siquiera la posibilidad de que tales pensamientos tuvieran la mas leve probabilidad de ejecución. Sabemos perfectamente que el gobierno de Portugal sería el primero en rechazar enérgicamente planes contrarios á la lealtad de sus relaciones y de su política con España. Pero si aquel gobierno, como aconteció en una época

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

FEDERICO Y BERNARDITA.

POR ALFREDO DE MUSSET.

Los amantes que solo se ven á largos intervalos nunca están seguros de llegar á entenderse: se preparan á ser dichosos, tratan de convencerse mutuamente de que lo son, y buscan lo que no es posible encontrar, esto es, palabras con que expresar lo que sienten. Los que viven juntos no tienen necesidad de explicarse; sienten á la vez, cambian una mirada, se estrechan la mano, conocen la delicia de la dulce languidez de las mañanas, y descansan de los transportes del amor con el abandono de la amistad. Algunos veces he recordado esos lazos encantadores al ver dos cisnes sobre un agua límpida, dejándose llevar por la corriente.

Aunque fué un impulso de generosidad el que en un principio movió á Federico, á utivole el atractivo de este nuevo género de vida. Desgraciadamente para el autor de este cuento, solo una pluma como la de Bernardino de Saint-Pierre, puede hacer interesantes los detalles familiares de un amor tranquilo. Este hábil escritor tenía además en su favor, para embellecer sus sencillos relatos, las noches ardientes de la isla de Francia, y las palmeras cuya sombra temblaba sobre los desnudos brazos de Virginia. Describieron sus héroes en presencia de la mas rica naturaleza: ¡diré yo de los míos que iban por las mañanas al tiro de pistola del Tivoli, de allí á la morada de su amigo Gerard, algunas veces á comer en casa de V. y luego al teatro! Diré que cuando estaban cansados jugaban á las damas delante de la chimenea? Mas ¿quién querrá leer estas vulgaridades? ¿Y para qué escribirlas, cuando basta una palabra para indicarlas? Se amaban y vivían juntos; esto duró cerca de tres meses.

Al cabo de este tiempo encontré Federico en tan apurada situación, que hubo de anunciar á su amiga la necesidad de separarse. Ella, que esperaba esta noticia, no hizo el menor esfuerzo para impedirlo, pues la constaba que Federico había hecho ya todos los sacrificios posibles. No le quedaba, pues, otro remedio que resignarse y ocultar á su amante la pena que sentía.

Todavía comieron juntos una vez; y al marcharse deslizo Federico en el manguito de Bernardita un papelito que contenía todo el dinero que le quedaba.

Ella le acompañó hasta su casa, sin proferir una sola palabra durante el trayecto; y cuando el facre se detuvo, besó la mano de su amante, derramando algunas lágrimas, y se separaron.

VII.
Sin embargo, Federico no tenía intención ni posibilidad de salir de Paris. Las obligaciones que había contraído y sus trabajos se lo impedían. Trabajó, pues, asiduamente para rechazar el fastidio que le consumía; cesó de frecuentar la casa de Gerard; encerróse durante un mes, y solo salió de su casa para ir al tribunal.

Pero la soledad en que se había sumido de pronto, despues de vivir con tanta disipación, despertó en él una melancolía profunda. Algunas veces pasaba días enteros paseándose por su habitación, sin abrir un libro ni saber qué hacerse. Había terminado el Carnaval: á las nieves de febrero se siguieron las lluvias gaciales de marzo. Como no se distraía con placeres ni con el trato de sus amigos, entregóse Federico á la influencia fatal de ese triste periodo del año llamando con razón, la *estacion muerta*.

Visitó Gerard, y le preguntó la causa de tan súbita reclusión: él no se la ocultó, pero rechazó las ofertas de su amigo.

—Ya es tiempo, le dijo, de abandonar una vida que solo puede llevarme á mi perdición. Vale mas soportar el fastidio que esponerme á desdichas reales.

Tampoco disimuló el pesar que le causaba su separación de Bernardita; y Gerard le compadeció á la vez que le cumplimentó por la determinación que había tomado.

Fué una vez al baile de la Opera, que estaba poco concurrido; pero aquel último adiós á los placeres, no tenía la dulzura de un recuerdo. La orquesta, mas numerosa que el público, ejecutaba algunas contradanzas. Por el salon de descanso vagaban diferentes máscaras, y tanto su aspecto como su lenguaje, demostraban que las señoras no frecuentan ya esta clase de diversiones. Iba Federico á retirarse, cuando se sentó á su lado un *Domino*: era Bernardita, y la conoció al momento.

Bernardita le dijo que había ido al baile con la esperanza de encontrarle. Federico le preguntó en qué se había ocupado desde su separación: ella le contestó que esperaba entrar en un teatro, y que estaba estudiando un papel para su estreno.

Federico tuvo intenciones de llevarla á cenar, pero recordó con cuánta facilidad se había dejado arrastrar, á su regreso de Besanzon, en un caso análogo; despues de darle un apretón de manos, abandonó el salon.

Háse dicho que las penas son preferibles al aburrimiento: es una triste verdad. Toda alma superior tiene contra el dolor, cualquiera que sea, energía y valor: un dolor es frecuentemente un gran bien. El aburrimiento, por el contrario, roe y destruye al hombre. La imaginación decae, el cuerpo queda inmóvil, y el pensamiento flota á la casualidad. No tener una razón para vivir, es un estado cien veces peor que la muerte. Cuando la prudencia, el interés y la razón se oponen á una pasión, es fácil al primero que pasa censurar al que se deja arrastrar por esa pasión. Pero cuando se ha consumado el sacrificio, cuando se ha satisfecho la razón y la prudencia, ¿cuál es el filósofo ó el sofista que no se encuentra sin argumento? ¿Qué se puede contestar al hombre que nos dice: «He seguido vuestros consejos, pero todo lo he perdido; me he conducido con prudencia, pero soy desgraciado?...»

Esta era la situación en que se hallaba Federico. Bernardita le escribió dos veces. En su primera carta, le decía que la vida había llegado á serle insostenible, le suplicaba que la visitase de vez en cuando, y le pedía que no la abandonase enteramente. Federico desconfiaba demasiado de sí mismo para que accediese á esta petición.

La segunda carta llegó algunos días despues: «He visto á mis padres, decía Bernardita, y empiezan á tratarme con mayor dulzura. Uno de mis tíos ha fallecido, dejándome algun dinero; y me he mandado hacer, para la noche de mi estreno, vestidos que te agradarán, y que yo querría enseñarte. Entra un momento si pasas por delante mi casa.»

Federico se dejó persuadir, é hizo una visita á su amiga; pero nada de cuanto esta le había comunicado era cierto. Solo quería volverle á ver.

Esta perseverancia conmovió á Federico, pero fué para sentir con mas violencia la triste necesidad de resistir.

A las primeras palabras que pronunció acerca del particular, Bernardita le cerró la boca.

—Yo lo sé, le dijo; abrázame, y vete.

Marchaba Gerard al campo, y llevóse consigo á Federico.

Durante los primeros días, que fueron muy hermosos, los pasos á caballo le devolvieron en parte la alegría. Gerard, según dijo, se hallaba en el mismo caso que Federico: había roto con su querida, y quería vivir en libertad. Ambos jóvenes recorrieron juntos el bosque, y hacían el amor á una bonita labradora de un caserío inmediato. Mas al poco tiempo llegaron convidados de Paris; los paseos fueron abandonados por el juego; las comidas se prolongaron, haciéndose animadas y ruidosas. Federico no pudo soportar aquel género de vida que poco antes deslumbrara, y volvió á encerrarse en su retiro.

A poco recibió una carta de Besanzon, y en ella le anunciaba su padre que Darcy se trasladaba á Paris, en union de su familia. En efecto, llegó aquella misma semana, y Federico, bien que contra su deseo, tuvo que visitarles. Encontró á la jóven tal como la había dejado; fiel á su pasión secreta y dispuesta á servirse de aquella fidelidad como de un medio de coquetería. No obstante, confesó que había sentido algunas palabras sobrado vivas que pronunciara durante su última conversación con Federico, y rogó á este que le perdonase el que hubiese aparatado á él de su discreción; y añadió que, no queriendo casarse, le ofrecía de nuevo su amistad, mas para siempre. Cuando no se está alegre ni se es dichoso, se reciben constantemente bien tales ofrecimientos: el jóven la dió las gracias, y halló cierto encanto en pasar al lado de Mlle. Darcy alguna que otra velada.

La necesidad de emociones suele inducir á las personas fatigadas de la vida á buscar lo extraordinario. Quizás sorprenda el que una mujer tan jóven como Mlle. Darcy, tuviese tan extraño y peligroso carácter; y sin embargo, así era. No le fué difícil el granjearse la confianza de Federico; y le hizo que le reficiese sus amores. Tal vez habría podido ella consolarle; solo con mostrarse coqueta le habría distraído de sus penas, mas prefirió hacer lo contrario. En lugar de censurar sus desórdenes le dijo que el amor lo disculpaba todo, y que aquellas locuras le hon-

raban; en vez de inducirle á perseverar en su determinación, le dijo que no concebía cómo había podido tomarla.

—Si yo fuese hombre, añadió, y fuese tan libre como V., nada del mundo podría separarme de la mujer amada: arrostraría voluntariamente todas las desgracias, hasta la miseria, si preciso era, antes que renunciar á mi querida.

Semejante lenguaje era muy extraño en la boca de una jóven que solo conocía del mundo el interior de su familia; pero por lo mismo, le impresionaban mas sus palabras. Mlle. Darcy tenía dos razones para representar aquel papel: que además era muy de su agrado. Por un lado quería dar pruebas de que tenía un gran corazón y echárselas de romántica, y por otro demostrar que lejos de censurar el que Federico la hubiese olvidado, aprobaba su pasión.

El pobre muchacho fué engañado por segunda vez por aquella astucia femenina, se dejó persuadir por una niña de diez y siete años.

—Tiene V. razón, le contestó: despues de todo, la vida es tan corta y la dicha tan rara, que es una insensatez el reflexionar y crearse voluntariamente nuevas penas, siendo tantas las inevitables.

Mlle. Darcy mudaba entonces de tema.

—¿Ama á V. realmente esa Bernardita? le preguntaba con entonación desdenosa.... ¿No me ha dicho V. que es una *grissete*? ¿Y qué caso debe hacerse de tales mujeres? ¿Es digna de que se la haga ningún sacrificio? ¿Conoce usted el precio de estos?

—No lo sé, replicó Federico, y yo mismo no siento hacia ella un amor vehementemente, añadido con cierta ligereza: nunca he pensado mas que en pasar á su lado el tiempo agradablemente. Ahora me fastidio, y ese es todo mi mal.

—¡Pst! exclamó Mlle. Darcy; ¿quién se ocupa de una pasión semejante?

—Lanzada á este terreno, exaltábase la jóven, y hablaba cual si se tratase de ella misma.

—¿Acaso es amar, decía, el buscar una manera de pasar el tiempo? Si no ama V. á esa mujer, ¿qué va V. á su casa? Y si la ama V., ¿por qué la abandona? Ella sufrirá, llora, quiza.... ¿Es posible que hallen cabida en un corazón generoso miserables cálculos de dinero? ¿Es V. tan frío, tan esclavo de sus intereses como lo fueren mis parientes, puesto que han labrado la desdicha de toda mi vida?

(Se continuará.)

Viena 2.—Segun un despacho eléctrico de Belgrado, no tardarán en abrirse negociaciones entre la Puerta y Montenegro.

París 3.—A esta hora no han llegado los periódicos ni cartas de Madrid se espera pronto al nuevo embajador que será recibido por S. M. inmediatamente.

Turin 1.—Acuden á Corleone muchos enganchados. Corren rumores de que un buque americano, cargado de armas, ha llegado á Palermo.

EXTRANJERO.

Garibaldi va siendo poco menos que un héroe de novela, del que cada uno dice lo que le da la gana, y supone lo que se le antoja. Su conducta ha dado lugar á que se abulten quizá las intenciones que manifiesta, y hasta á que se le atribuyan proyectos que tal vez nunca le habrán ocurrido.

Creemos que todos estos rumores son absurdos, y que, á pesar de cuanto se dice, ni en el fiero el leon como le pintan, ni entran ciertas suposiciones en los proyectos de Garibaldi.

La Gaceta oficial de Turin ha publicado una nota declarando absolutamente falsas las noticias sobre la expedición organizada en Sicilia contra el Véneto y los Estados Pontificios.

El último de estos discursos lo ha reproducido el gobernador ó alcalde de Marsala en una proclama dirigida al país. Sin embargo, si Garibaldi continúa por ese camino, y si algunos pueblos aplauden sus palabras, la situación se hará muy difícil para el gabinete italiano.

La Cámara de los Lores de Inglaterra, en una de sus últimas sesiones, se ocupó de un nuevo incidente relativo á los negocios de China.

Inglaterra, va á publicar una obra sobre la guerra de los Estados Unidos de América, en la cual ha tomado parte personalmente.

La Persuasion de Milan se pregunta, no sin razón, quién manda en Sicilia, si Garibaldi, á quien obedece Pallavicino, ó el gobierno de Victor Manuel.

Envié la noticia á Roma, redactada en términos hiperbólicos, é inmediatamente se tomaron las precauciones y medidas que ya conocen nuestros lectores.

El reconocimiento del reino de Italia se ha verificado en la época únicamente en que nuestro gobierno no se ha sentido convencido de la estabilidad y de la fuerza del nuevo estado de cosas.

«El general Pop», que ha sido llamado hace pocos días por el presidente Lincoln, para que mande en jefe el ejército de Virginia, iba á dirigirse á sus tropas una proclama que indica las simpatías que hay entre este militar y el general en jefe del ejército del Potomac.

«El general Pop», que ha sido llamado hace pocos días por el presidente Lincoln, para que mande en jefe el ejército de Virginia, iba á dirigirse á sus tropas una proclama que indica las simpatías que hay entre este militar y el general en jefe del ejército del Potomac.

«El general Pop», que ha sido llamado hace pocos días por el presidente Lincoln, para que mande en jefe el ejército de Virginia, iba á dirigirse á sus tropas una proclama que indica las simpatías que hay entre este militar y el general en jefe del ejército del Potomac.

«El general Pop», que ha sido llamado hace pocos días por el presidente Lincoln, para que mande en jefe el ejército de Virginia, iba á dirigirse á sus tropas una proclama que indica las simpatías que hay entre este militar y el general en jefe del ejército del Potomac.

red, color de chocolate que tenía delante, y que no pertenecía á ningún orden de arquitectura. Para colmo de singularidad le ha agujerado, haciéndole unas aberturas que parecen colmenas.

Después de aquella pared se reúne el Parlamento de una nación de 25 millones de habitantes; aquellos agujeros han sido practicados para que penetre un poco de aire en aquel horno, pues dicha pared es de madera forrada de hoja de lata, y el sol da en ella lleno todo el día, y la caldena, poniéndola á una temperatura de veinte y nueve grados.

Las autoridades locales, como muy nuevas en la vida pública, aceptan esos discursos y los reproducen. Tanto es así, que ayer recibimos del síndico de Marsala los ejemplares impresos de ambas diatribas pronunciadas por Garibaldi.

En la primera declara Garibaldi que Roma y Venecia pertenecen á Italia; Roma especialmente es su idea favorita, y ha gritado: ¡Roma ó la muerte! y la multitud repitió: ¡Roma ó la muerte!

En la segunda declara Garibaldi que Roma y Venecia pertenecen á Italia; Roma especialmente es su idea favorita, y ha gritado: ¡Roma ó la muerte! y la multitud repitió: ¡Roma ó la muerte!

En la tercera declara Garibaldi que Roma y Venecia pertenecen á Italia; Roma especialmente es su idea favorita, y ha gritado: ¡Roma ó la muerte! y la multitud repitió: ¡Roma ó la muerte!

En la cuarta declara Garibaldi que Roma y Venecia pertenecen á Italia; Roma especialmente es su idea favorita, y ha gritado: ¡Roma ó la muerte! y la multitud repitió: ¡Roma ó la muerte!

En la quinta declara Garibaldi que Roma y Venecia pertenecen á Italia; Roma especialmente es su idea favorita, y ha gritado: ¡Roma ó la muerte! y la multitud repitió: ¡Roma ó la muerte!

lucía anda á caza de la fábrica de donde salen esas cadenas.

Hace pocos días salió del puerto de Génova un buque de guerra, italiano, llevando 18 presidiarios á la isla de Cerdeña. Ya en alta mar, se sublevaron los presidiarios, armados de revolvers, se apoderaron del capitán y de 25 soldados de infantería de marina, y mandaron hacer rumbo á Sicilia.

Cuando habían navegado algunas leguas, el comandante de otro buque se abocó con el jefe de los presidiarios, y el buque que los llevaba se dirigió á las costas de África. ¿Cómo 18 presidiarios, encadenados, han podido romper sus cadenas, y estar armados de revolvers, y vencer á 23 soldados de marina? Hé ahí un hecho inexplicable si no anduviere en ello la ejecución de un plan para facilitar hombres á Garibaldi.

El partido italiano no duda que dentro de poco tiempo los discursos de Garibaldi tendrán el mismo éxito que las bombas de Orsini, y que muy en breve remitirá el emperador su ultimatum al Papa.

La Independencia Belga del 29 de julio ha sido recogida, aunque solo publicaba un cortísimo extracto del discurso de Garibaldi en Marsala, omitiendo los párrafos mas violentos contra el emperador.

Las noticias de Italia referentes á los proyectos de Garibaldi han hecho bajar los fondos.

Con fecha 29 de julio nos dicen desde Salamanca lo siguiente:

«A pesar de la minuciosidad con que fué confeccionada la vigente ley de recompensas, y de las disposiciones que continuamente aparecen en la Gaceta aclarando varios puntos á ella relativos que se escaparon á la previsión del legislador, hay todavía en esa importantísima ley, que tanto se relaciona con la vida íntima de las familias, algunos particulares sobre los cuales falta sentar una jurisprudencia á que atenerse para evitar los favores ó los perjuicios que de una torcida interpretación puedan irrogarse á los interesados en ellos comprendidos.

PROVINCIAS.

fué para arrojarle como una arista seca, en el confuso torbellino de 1848.

«No pude, pues, hacer nada de aquello que tan ardentemente habia deseado.

«Después, perdonañe la frase, querido ciudadano, la magistad de vuestro ingenio ha impedido siempre la manifestación de mis sentimientos.

«Me enorgullece que en mis horas de peligro me protegiese un rayo de vuestra luz. Defendiéndome era imposible mi muerte.

«Que no haya tenido poder bastante para hacer ver que era digno de que vuestro brazo se extendiese sobre mí! Pero cada uno tiene su destino, y no todos aquellos á quienes salvó Aquiles eran héroes.

«Viejo ya, me hallo en un deplorable estado de salud. Creo algunas veces que mi corazón y mi cabeza van á estallar; mas me felicito, á pesar de mis desgracias y sufrimientos, de haber sido conservado; pues que bajo el peso de vuestro nuevo beneficio me encuentro con valor bastante para daros gracias por el antiguo.

«Ya que he tomado la pluma, no quiero dejarla sin felicitaros mil y mil veces, en nombre de nuestra santa causa y en el de Francia, por el gran libro, que acabais de publicar.

«Y digo en el de Francia, porque me parece que esta querida patria de Juana de Arco y de la revolución, es la única capaz de haber dado al mundo vuestro corazón y vuestro genio, y como buen hijo ha beis colocado una nueva corona sobre la gloriosa frente de vuestra cara madre.

